

EL OSO Y LA MONJA

El sentido de la vida religiosa hoy

Conferencia a los Superiores Mayores Franceses, octubre 1998

Fr. Timothy Radcliffe, O.P

Se me pidió hablaros sobre “qué sentido tiene hoy la vida religiosa”. La pregunta se impone con urgencia a los religiosos hoy porque muchos de entre nosotros se preguntan si el modo de vida, con el que estamos comprometidos, tiene el menor sentido. Hay menos vocaciones que antes en Europa Occidental; en Francia muchas Congregaciones disminuyen y algunas mueren; ser religioso hoy no aporta ya el mismo estatus ni el respeto que suscitaba.

1. A la búsqueda de una historia

Nos parece haber perdido nuestro papel en la Iglesia que parece convertirse en algo más clerical, y haber perdido, también, nuestra importancia en una sociedad donde los laicos hacen ahora tantas cosas realizadas antes, en gran parte, por los religiosos. Con el nuevo sentido de la santidad del matrimonio, nuestro modo de vida ya no se considera más perfecto que los otros. Es comprensible, pues, que muchos religiosos se pregunten: “¿Qué sentido tiene hoy la vida religiosa?”

En esta situación sería natural intentar encontrar el sentido de la vida religiosa en algo que nos es peculiar, algo que hacemos nosotros y que nadie más hace, algo que nos dé nuestro puesto especial, nuestra identidad específica. Somos como herreros en un mundo de automóviles a la búsqueda de un nuevo papel. Tengo la sensación de que ésta es una de las razones por las cuales nosotros, religiosos, con frecuencia hablamos con ardor de nosotros mismos como profetas. Decimos ser la parte profética de la vida de la Iglesia, ¡pero no como solución a nuestra crisis de identidad! Me gustaría, más bien, salir a otras partes a conocer el sentido de la crisis que atraviesa la sociedad occidental. Creo que la vida religiosa es más importante que antes y esto por la manera en que somos llamados a afrontar la crisis de sentido de nuestros contemporáneos. Nuestra vida debe ser una respuesta a la pregunta: “¿Qué sentido tiene hoy la vida humana?”. Quizá éste haya sido siempre el testimonio primero de la vida religiosa.

Cómo se puede empezar a reflexionar en una cuestión tan amplia como la crisis contemporánea de sentido. Para decir algo que sea apropiado, sería necesario haber estudiado libros sobre lo modernidad y la postmodernidad. No los he leído. Mi excusa es que, viviendo en la carretera, no he tenido tiempo. Pero la verdad es que, si tuviera que leer estos libros, probablemente tampoco los comprendería. Están escritos principalmente para franceses inteligentes y ¡superan la comprensión de un inglés! Intentaré, por el contrario, un acercamiento más sencillo. Me gustaría proponeros el contraste entre dos imágenes, dos historias implícitas de la vida humana.

Toda cultura tiene necesidad de historias para encarnar la comprensión de lo que significa ser un ser humano, de lo que es un modelo de vida. Tenemos necesidad de historias que nos digan quiénes somos y a dónde vamos. Cuando una sociedad vive una crisis de sentido, uno de los síntomas es que las historias contadas por esta sociedad no dan ya sentido a nuestra experiencia. Ya no se adaptan. Cuando una sociedad atraviesa un momento de cambio profundo, entonces tiene necesidad de un nuevo tipo de historias que den sentido a su vida.

Mostraré que la crisis fundamental del sentido en nuestra sociedad es que la historia subyacente en la cultura europea, desde hace varios siglos, no tiene ya sentido. Es una historia de progreso, de supervivencia del más adaptado, del triunfo del más fuerte. El héroe de esta historia es el yo moderno. Él (generalmente es un hombre) está solo y está libre. Es la historia implícita de nuestras novelas, de nuestras películas, de nuestra filosofía, de nuestra economía y de nuestra política. Pero ha cesado de dar sentido a nuestra experiencia. Tomaré como símbolo de esta historia el cartel de un oso que, con bastante frecuencia, he visto en las paredes de Roma.

Así somos nosotros: una sociedad hambrienta de una nueva historia que dé algún sentido a nuestra identidad. Creo que el sentido de la vida religiosa consiste en responder a esta pregunta: “¿Qué sentido tiene hoy la vida humana?”. La gente debe poder reconocer en nuestras vidas una invitación a ser, de una forma nueva, un ser humano. El símbolo de esta otra historia será para mí una monja cantando en las tinieblas de la noche junto al cirio pascual.

Deseo, pues, ofrecer este contraste entre dos imágenes, dos historias: la de un oso y una monja.

Me gustaría ponerlos en contraposición considerando los tres elementos necesarios en toda narración: una historia que evoluciona en el tiempo; los acontecimientos que hacen avanzar la historia y los actores. Si nuestros contemporáneos se sienten perdidos y desorientados, hambrientos de sentido, es porque las historias modernas no dan ya sentido a nuestra experiencia del tiempo, de los acontecimientos y de lo que significa ser una persona. Nosotros, religiosos, deberíamos encarnar otra manera de estar en la vida.

2. La trama y el tiempo

Permitidme comenzar contándoos la historia del oso. Hace un año los muros de Roma estaban cubiertos de carteles con un gran oso enfurecido. Y la leyenda del cartel decía: “la forza del prezzo giusto”: la fuerza del justo precio. Esperando el autobús tuve mucho tiempo de contemplar este oso.

Refleja bien la historia de la modernidad. En primer lugar, este oso sugiere que la trama fundamental de la historia es un progreso irresistible. Es un oso del que Darwin hubiera estado orgulloso, un vencedor en el proceso de la evolución. La historia humana es un proceso hacia adelante. Es también un símbolo de la economía mundial, del mercado. Lo que hace avanzar la historia humana es la economía. “La forza del prezzo giusto”: la fuerza del justo precio. La historia humana es la narración de un proceso inevitable, a través de la liberalización del mercado. El mejor sistema económico debe triunfar. El oso es el vencedor.

Cuando yo era niño (y observándoos imagino que muchos de vosotros también erais niños en esa época) se podía todavía creer justamente que la humanidad estaba en el camino de un futuro radiante. Pero también se perfilaban ya sombras. Nací una semana antes del fin de una guerra que tuvo cincuenta millones de muertos. Hemos sabido, poco a poco, del holocausto y los seis millones de judíos muertos en los campos de exterminio. Crecí bajo la amenaza de las bombas. Recuerdo a mi madre haciendo acopio de cajas de conservas en la bodega, por si estallaba una guerra nuclear.

Y, sin embargo, era posible aún agarrarse a la idea de que la humanidad avanzaba. Cada año veíamos la independencia otorgada a nuestras antiguas colonias; la medicina eliminaba enfermedades como la tuberculosis y la malaria. Seguramente pronto se vería también el final de la pobreza. Incluso los aviones y los coches iban más deprisa cada año. Las cosas irían a mejor. Hoy estamos menos seguros de nosotros. La zanja entre ricos y pobres continúa ahondándose. La malaria y la tuberculosis están de vuelta y, de aquí a un año, habrá probablemente cuarenta millones de personas afectadas de sida. Sólo en Europa el paro afecta a veinte millones de personas. Los sueños de un mundo justo parecen estar alejándose. ¿A dónde va la humanidad? ¿Tiene sentido nuestra historia, tiene alguna dirección? O bien ¿estamos dando vueltas, vagando en el desierto, sin acercarnos, en absoluto, al país de la tierra prometida? Incluso la Iglesia que parecía orientarse hacia una renovación y una nueva vida en el Concilio Vaticano II, no parece saber a dónde va.

Hay en el corazón de la modernidad una contradicción, y eso es lo que hace que su historia ya no sea plausible. Por un lado, el oso es efectivamente irresistible. Por todas partes el mercado mundial triunfa de todos sus enemigos. El comunismo ha caído en la Europa del Este, e incluso, en China parece estar a punto de sucumbir. Pero por otro lado la historia no nos conduce al Reino. Lo que nosotros tenemos ante los ojos

es la pobreza creciente y la guerra. Incluso los tigres asiáticos están enfermos. El oso es irresistible, pero está despedazándonos. Así la trama de los tiempos modernos contiene una insoportable contradicción. Ya no podemos encontrarnos ahí.

No podemos vivir sin historia. Como hemos llegado a dudar de la marcha del futuro de la humanidad se necesitan otras historias para llenar el vacío. Serán quizás historias milenarias del fin del mundo, historias de extraterrestres, historias de victoria en la copa del mundo (bravo por Francia...). Con bastante frecuencia es lo que llamamos en inglés "soap operas", las series insignificantes de televisión. Recientemente el último episodio de una "soap operas" ha sido vista en los Estados Unidos por ochenta millones de personas. Los restaurantes cerraron por la tarde. El anuncio de que un asteroide gigante chocaba contra la tierra el 26 de Octubre del 2028 ha levantado menos interés. Habiendo cesado de creer en el mito del progreso, nos refugiamos en la ficción.

Es quizá la sed de una historia lo que explica la extraordinaria reacción ante la muerte de la princesa Diana. Los ingleses son, como sabéis, gente muy poco emotiva o, al menos, así les gusta imaginárselos a los franceses, pero nunca he visto una pena semejante. Era como si la historia en el corazón de la humanidad se hubiera cerrado bajo el puente de París. Millones de personas han llorado como si hubieran perdido a su mujer, su marido, su hijo o su madre. Por todas partes adonde voy sé que al final van a preguntarme por la princesa. Después de esta conferencia espero responder alguna pregunta sobre ella... En Vietnam me dijeron, incluso, que me parecía al príncipe Guillermo.

Me encantó oírlo, pero estas gentes son de una cortesía tan extrema... Fue el "soap operas" del mundo. Tal vez su historia decía algo a tanta gente justamente porque en ella podíamos vernos nosotros mismos. Era una persona buena, pero no perfecta, que se interesaba realmente por los otros, alguien para quien la vida hubiera debido ser maravillosa y, sin embargo, inexplicablemente fue un fracaso. Es una historia triste y fútil, evocando la futilidad resentida de tantas personas que se preguntan a dónde va su vida.

¿En qué sentido puede la vida religiosa sugerir otra trama, una historia alternativa?

Dejadme que os proponga otra imagen. Este año celebré la Pascua en un monasterio de monjas dominicas contemplativas. El monasterio estaba edificado en una colina detrás de Caracas, en Venezuela. La iglesia estaba llena de gente joven. Encendimos el cirio pascual y lo colocamos en su soporte. Una monja joven, acompañándose de la guitarra, entonó un canto de amor junto al cirio. El canto tenía toda la ronca pasión de Andalucía. Confieso que me conmovió enormemente contemplar esta imagen de la monja entonando, en medio de la oscuridad de la noche, un canto de amor al fuego recién nacido. Esta imagen sugería que estamos cogidos por otro drama, por otra historia. Esta es nuestra historia, y no la del oso enfurecido que devora a sus rivales.

En primer lugar la monja que canta en la noche sugiere que la trama fundamental de la historia de la humanidad no es ya la que representaba el oso. Allá afuera, en el jardín, el celebrante había grabado el cirio diciendo estas palabras: "Cristo ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega. El tiempo entero le pertenece y todas las edades. A El poder y gloria por los siglos de los siglos. Amén".

La vida religiosa es, quizá, ante todo, un Amén viviente a esta perspectiva temporal más larga. Es en esta extensión de la historia entre el alfa y el omega, desde la creación hasta el Reino, donde todo ser humano debe encontrar su sentido. Nosotros somos los que viven para el Reino, para el tiempo en que, como dijo Julián de Norwich, "todo estará bien, toda suerte de cosas serán buenas".

La vocación que saca más radicalmente a la luz esta apertura del futuro es la de los monjes y monjas contemplativos. Su vida no tiene ningún sentido si no están en el camino del Reino. El cardenal Basil Hume es el cristiano más respetado en Inglaterra en parte porque es monje. Él ha escrito esto de los monjes: "Nosotros no consideramos que hayamos tenido una misión o una función particular en la Iglesia. No

fuimos destinados a cambiar el curso de la historia. Estamos allí, es todo, casi por accidente desde un punto de vista humano. Y, felizmente, continuamos estando allí. Es todo”.

Los monjes están allí, es todo, y su vida no tiene ningún sentido sino es anunciar el final de los tiempos, este encuentro con Dios. Están como esas gentes que esperan la parada del autobús. Sólo el hecho de que ellos estén allí indica que el autobús debe llegar con toda seguridad. No tiene sentido provisional o sentido parcial. Ni niños, ni carrera, ni realizaciones, ni promoción, ni utilidad. Es por una ausencia de sentido por lo que su vida revela una plenitud de sentido que no podemos definir. Todo, como la tumba vacía, anuncia la Resurrección o el destello en la órbita de una estrella, señala al invisible planeta.

El monacato occidental nació en un momento de crisis. Mientras el Imperio Romano moría lentamente bajo los asaltos de los bárbaros, Benito marchó a Subiaco y fundó una comunidad de monjes. Entonces, cuando la historia de la humanidad parecía no ir a parte alguna, Benito fundó una comunidad de gentes para quienes la vida no tenía otro sentido que el de indicar este fin último, el Reino.

Se podría decir que la vida religiosa nos fuerza a vivir abiertamente y a descubrir la crisis moderna.

La mayoría de la gente sigue un modelo de vida y una historia que permite mantener la pregunta principal a distancia. Una vida puede tener su propia significación en el enamorarse, casarse, tener hijos, luego nietos. La historia de otro encontrará su sentido en una carrera, en escalar puestos de promoción, haciendo fortuna e, incluso, alcanzando notoriedad. Se pueden contar muchas historias para dar un modelo provisional en un sentido a nuestra estancia en la tierra. Y esto es justo y bueno.

Pero nuestros votos no nos ofrecen esta consolación. No tenemos matrimonio que dé forma a nuestra vida. No tenemos carreras. Estamos desnudos frente a la pregunta ¿qué sentido tiene la vida humana?.

No basta con sentarse y esperar la venida del Reino. Los hermanos más jóvenes no están, a veces, de acuerdo conmigo, pero es preciso salir de la cama cada mañana para hacer algo. Incluso los monjes y las monjas deben hacer algo. Recuerdo haber preguntado un día a un hermano, particularmente perezoso, por lo que él hacía. Me respondió que él era “signo escatológico”, esperando la venida del Reino. ¿Cómo valoramos lo que hacemos ahora? La mayoría de nosotros pasamos nuestros días en actitudes útiles, enseñando, trabajando en los hospitales, ayudando en las Parroquias, ocupándonos de los olvidados. ¿Qué dice nuestra vida diaria de la historia de la humanidad?

Volvamos a esta monja joven. Estamos en el corazón de la noche y ella entona ese canto salvaje. Es en la noche cuando canta las alabanzas de Dios. Incluso en la oscuridad, entre el comienzo y el fin, se puede encontrar a Dios y glorificarlo. Ahora es el momento. Cuando espera ser asesinado, Jesús dice a sus discípulos: “En el mundo tendréis que sufrir. Pero ¡tened ánimo! Yo he vencido al Mundo (Jn. 16,33). Ahora es el momento de la victoria y la alabanza.

Esto sugiere un nuevo sentido del tiempo. Lo que da su forma al tiempo no es la historia del inevitable progreso hacia la riqueza y el éxito. La forma escondida de nuestra vida, es el crecimiento en la amistad de Dios, cuando nosotros Lo encontramos en el camino y decimos Amén. No es solamente el fin de la historia lo que le da sentido. El motivo de mi vida es el encuentro con Dios y mi respuesta a su invitación. Es lo que hace de mi vida no una simple continuación de acontecimientos sino un destino. Como dijo Cornelius Ernst, O.P.: “El destino es la llamada y la invitación del Dios del amor, a lo que nosotros deberíamos responderle con un sentimiento creador y lleno de amor”. Incluso en las tinieblas, en la desesperación, cuando ya nada tiene sentido, podemos encontrar al Dios de la vida. Como escribió un filósofo judío: “Cada instante puede ser la pequeña puerta por la que el Mesías puede entrar”. La historia de nuestras vidas es la historia de este encuentro con el Dios que viene en la oscuridad como un amante. Es lo que nosotros celebramos glorificándolo.

Algunos de los momentos más emotivos que yo he vivido durante estos seis últimos años, han sido ocasiones de compartir con mis hermanos y hermanas la alabanza de Dios en las circunstancias más difíciles. En un monasterio, en Burundi, después de haber viajado a través de un país desgarrado por la violencia étnica; en Iraq, mientras esperábamos que cayeren las bombas; en Argelia, con nuestro hermano Pedro Claverie antes de su asesinato. Es esencial para la vida religiosa que cantemos las alabanzas de Dios, incluso en la noche. Cantamos los salmos, el tehillim, el libro de las alabanzas.

Medimos la jornada por las horas del Oficio Divino, en la Liturgia de los salmos, y no solamente por las horas mecánicas del reloj. “Siete veces al día te glorifico”. Al menos dos veces para la mayoría de nosotros.

Recuerdo una historia que ilustra bien cómo el tiempo de la alabanza puede coincidir con el tiempo del reloj, el tiempo de la modernidad. Cuando uno de mis hermanos era pequeño, en la escuela, vino un día un dentista a dar un curso de higiene dental a los niños. Preguntó en la clase cuándo era preciso lavarse los dientes. Silencio absoluto. El insistió: “¡Vamos!, ¿no sabéis cuándo debéis cepillaros los dientes? ¿Por la mañana, por la tarde...?”. Esto debió desencadenar un resorte en el espíritu de estos buenos pequeños católicos que sabían bien su catecismo. Respondieron todos:

“Antes y después de las comidas”. “Excelente”, dijo el dentista, y los niños añadieron: “En la tentación y a la hora de nuestra muerte”. Pues bien, ¡si nosotros nos cepilláramos siempre los dientes en el instante de las tentaciones, podríamos evitar muchos pecados!.

Este ritmo regular de la alabanza es algo más que el simple optimismo de que todo acabará bien al final. Proclamamos que, incluso ahora, en el desierto, el Señor de la vida viene a nosotros y da forma a nuestra existencia. En este sentido la vida religiosa debería ser verdaderamente profética, pues es el profeta el que ve el futuro haciendo irrupción en el presente. Como dijo Habaquq: “Pues aunque la higuera no brotara ya; y aunque no hubiera ya nada que cosechar en las viñas, y aunque el fruto del olivo fallara,(...). ¡yo, sin embargo, me regocijaré en Yahvé, saltaré de alegría en Dios, mi salvador! (3,17-18).

Recientemente me encontré con los promotores de Justicia y Paz de la Orden para América Latina.

Es una nueva generación, ¡no viejos sexagenarios como yo! Hombres y mujeres jóvenes que tienen un sueño en la vida. Yo esperaba encontrarlos desanimados, vista la situación económica que empeoraba, la violencia que se acrecentaba, la desintegración social en su continente. ¡En absoluto!

Dicen que es justamente ahora, cuando han desaparecido todas las utopías, cuando el Reino parece más lejano que nunca, cuando nosotros, los religiosos, debemos jugar nuestro papel. Nadie más podría soñar ahora. Pero se lucha hoy por un mundo más justo, cuando se tiene la impresión de no avanzar. Esto significa que es preciso ser una persona de profunda oración. Como ha escrito nuestro hermano brasileño, Frey Betto: “Hoy, para creer en la justicia y en la paz, es necesario ser un místico”.

3. La acción

Hay un segundo contraste que me gustaría destacar entre la historia del oso y de la monja, y se refiere a la manera como tienen lugar las cosas. ¿Cuál es el motor de la historia? ¿Qué es lo que hace avanzar la narración? Necesitamos tanto una trama como unos hechos.

Hemos visto ya que el oso representa la lucha competitiva por la supervivencia. Lo que anima la historia es esta competición en la cual los débiles perecen y los fuertes prosperan. Se estudie la evolución o la economía, así es exactamente como suceden las cosas. Es el principio básico de la historia moderna. El motor que empuja la historia es la libre competición que elimina lo defectuoso, lo desesperado, lo no viable.

Pero, una vez más, vemos allí una contradicción. Este oso simboliza la libertad que está en el corazón de la modernidad: libertad para competir en el libre mercado donde cada uno es libre de escoger lo que quiera. Sin embargo, nosotros hemos visto que esta libertad es también, hasta cierto punto, ilusoria. Estamos cogidos por una transformación general del mundo que nos vuelve impotentes, y que nadie es capaz de detener, una transformación que destruye comunidades y devora el planeta. Así el corazón de la historia moderna encuentra una doble contradicción. Se nos ofrece el progreso, y encontramos la pobreza; se nos ofrece la libertad, nos hallamos impotentes.

¿Qué otra historia puede encarnar la vida religiosa?

Volvamos nuevamente a esta monja joven que entona su canto de amor en la oscuridad de la noche.

Representa otra manera de relatar la historia. La que ella celebra es la de un hombre derribado por los fuertes, pero que vive para siempre. Los voluminosos osos de Roma y de Jerusalén devoran al pequeño hombre de Galilea. Lo que celebramos en esta historia no es la fuerza superior de Dios, Dios el oso más grande, sino su absoluta creatividad en la Resurrección de Jesús de entre los muertos.

No puede haber historia a no ser que suceda algo nuevo. Las historias nos dicen cómo cambian las cosas. Pero el modelo del cambio en la modernidad es el de la supervivencia del más fuerte. La evolución, biológica o económica, aporta cambio, pero a través de la competición para sobrevivir. Es entonces cuando la historia de nuestra monja propone una novedad todavía más radical, el inimaginable don de una vida nueva. Glorificamos a Dios que dice: "he aquí que hago nuevas todas las cosas". Nosotros, los religiosos, estamos llamados a ser signos de la indecible novedad de Dios, de su inefable creatividad.

¿Cómo hemos de ser, nosotros religiosos, signos de esta extraña historia del Dios de los muertos y de la resurrección? El signo más evidente aparecía en la presencia de todos estos religiosos que rehusan abandonar los lugares de muerte y violencia, confiados en el Señor que resucita a los muertos. Por todas partes donde la violencia castiga, en Ruanda, en Burundi, en el Congo, en Chiapas, se pueden encontrar religiosos y religiosas cuya presencia es un signo de esta otra historia, la cantada por nuestra monja. Naturalmente, aquí, en Francia, pensamos en los numerosos religiosos muertos en Argelia. Todos conocéis demasiado bien estas palabras maravillosas de Christian de Chergé, prior de los monjes trapenses, cuando escribió su último testimonio espiritual, poco antes de su muerte. Espero que me permitiréis repetir las una vez más: "Cuando se presiente un a-diós. Si me sucediera un día - y esto podría ser hoy - ser víctima del terrorismo que parece querer amenazar ahora a todos los extranjeros viviendo en Argelia, me gustaría que mi comunidad, mi Iglesia, mi familia, recordaran que mi vida estuvo entregada a todos y a este país. Que acepten que el Maestro único de toda mi vida no podría ser extranjero en esta partida brutal. Que recen por mí. ¿Cómo seré hallado digno de una ofrenda semejante? Que sepan asociar esta muerte a tantas otras tan violentamente perdidas en la indiferencia del anonimato(...) Esta vida perdida, totalmente mía, y totalmente suya, rinde gracias a Dios que parece haberla querido toda entera para aquella ALEGRÍA, a pesar de todo".

La preparación de semejante testimonio consiste ciertamente en que toda comunidad religiosa sea un lugar donde aprender cómo nacer a través de la muerte y resurrección. Una de mis tías abuelas se hizo religiosa del Sagrado Corazón. A la edad de siete años, asustó a sus numerosas hermanas clavando en la pared de la habitación de los niños una hoja de papel que decía: "Quiero ser disuelta y unida a Cristo". Dudo que muchos candidatos a la vida religiosa hagan este tipo de gesto en nuestros días, ¡gracias a Dios!, pero una comunidad religiosa debería ciertamente ser un lugar donde aprendiéramos a morir y resucitar, un lugar de transformación. No somos los prisioneros de nuestro pasado. Podemos crecer en santidad. Podemos morir y renovarnos.

Esto sucederá, probablemente, sólo si no rechazamos enfrentarnos con la muerte de nuestras propias instituciones. Hoy, en Europa Occidental, numerosas congregaciones, comunidades, monasterios y provincias, deben afrontar la muerte. Hay muchas estrategias para evitar esta verdad.

Se puede beatificar al fundador, iniciar caros programas de construcción, escribir magníficos documentos sobre proyectos que nunca se llevarán a la práctica. Cuando enviamos hermanos o hermanas a Filipinas, Colombia, Brasil ¿es por un repentino y nuevo celo misionero o porque queremos vocaciones para sobrevivir? Si no podemos afrontar la perspectiva de la muerte, ¿qué tenemos que decir del Señor de la vida? Visitaba yo un día un monasterio dominicano en Inglaterra con un hermano ya mayor. El monasterio se acercaba, con toda evidencia, al final de sus días, pero una de las monjas dijo a mi compañero: “Padre, seguramente, que nuestro querido Señor no dejaría nunca que este monasterio muriera...!”. A lo que él respondió: “Sin embargo, Él dejó morir a su Hijo, ¿verdad?”.

Una de las maneras de vivir esta inimaginable historia de muerte y de resurrección es ofrecer seguramente el nacimiento de una nueva vida en los lugares inesperados. Debemos ser aquéllos que caminan por el valle de la muerte y mostramos nuestra fe en el Dios que resucita a los muertos.

Recuerdo a uno de mis hermanos escoceses, poeta y batallador, asociación increíble, pero de todas formas un hombre estupendo. Lanzó un programa en Escocia para iniciar a los presos en el arte.

Estaba convencido de que si no creemos en su creatividad, no se curarían nunca. Su primer intento tuvo lugar en una prisión muy dura, en Glasgow. Preguntó a los detenidos con qué les gustaría empezar: pintura, poesía, escultura, danza... ¡Podéis imaginaros las reacciones! Entonces él se remangó y dijo: “Si alguno de entre vosotros piensa que el arte no es para los verdaderos hombres, de acuerdo; lucharé con él”. Fue lo que hizo... con cada uno de ellos. Y todos comenzaron cursos de poesía y pintura. Afortunadamente, no es la única manera de llevar a las gentes a la fe en Dios que hace todas las cosas nuevas.

Quizás otra manera más tradicional, como los religiosos han sido siempre un signo del Dios eterno creador, ha sido a través de la belleza. En Francia habéis sido siempre más conscientes de esto que en otros países. Hace algunas semanas encontré en Alemania a un viejo dominico pintor y escultor.

Le pregunté qué es lo que más le gustaba hacer. Respondió que a él siempre le encantó grabar lápidas. Hay heridas tan profundas que sólo la belleza puede curarlas. Ante ciertos sufrimientos la esperanza no puede expresarse más que por el arte. Una hermosa lápida puede hablar con elocuencia de la esperanza de la resurrección, del Dios que puede resucitar a los muertos.

Existe, finalmente, la belleza de la Liturgia, la belleza del canto de alabanza a Dios, que habla del Dios que transforma todas las cosas. Es la belleza por la que hemos comenzado, la de la joven monja entonando un canto de amor en la noche, delante de un cirio encendido. Es la belleza de un canto lleno de pasión, de las gentes del sur de España que siempre me ha conmovido. Esto me recuerda a Pablo Neruda quien decía que, entre los dramas del nacimiento y de la muerte, él había escogido la guitarra.

4. El actor

En fin, no hay historia sin actores, sin personajes. Cada historia debe tener su héroe. Y qué mejor imagen del yo moderno podría encontrarse que nuestro oso, enfurecido y solitario. Pero este “yo moderno” está en crisis.

Este nuevo sentimiento de lo que significa ser un ser humano es fundamental para la era moderna; un yo separado y autónomo, desprendido y libre, y a fin de cuentas, solo. Es el fruto de una evolución que dura

desde siglos, donde los lazos sociales se han disuelto y donde lo privado ha llegado a ser posible e, incluso, un ideal. Es nuestro héroe desde la época de Descartes. Lo vemos en cualquier película del oeste americano, una figura solitaria.

La crisis de la modernidad es en parte debida a lo que el yo moderno encierra, una contradicción.

Porque no se puede ser un “yo” totalmente solo. No se puede existir como un átomo solitario, autónomo. No se puede existir sin comunidad, sin personas a quienes hablar, sin lo que Charles Taylor llama “redes de interlocución”. Es la contradicción que está en el corazón de la historia moderna: nos vemos como esencialmente solitarios, cuando, de hecho, nadie puede ser un individuo al margen de alguna forma de comunidad. No es posible ser por mucho tiempo un “yo moderno”. El oso del cartel representa un ideal imposible: en solitario, el oso moriría.

Volvamos, por última vez, a nuestra monja, cantando ante el cirio pascual. No está sola. Apenas visible a la luz del cirio hay una muchedumbre de jóvenes. La Vigilia Pascual es la reunión del pueblo de Dios. Lo que nace aquella noche es una comunidad. Nos reunimos para recordar nuestro

Bautismo en el cuerpo de Cristo y recitar juntos una fe común. Esto representa otra visión de lo que significa ser persona.

“¿Qué sentido tiene hoy la vida humana?” Una de las maneras de intentar responder a esta pregunta en la vida religiosa, es vivir en comunidad. Encontrar su identidad en esta comunidad, como hermanos, como hermanas, es vivir otra imagen del yo, otra forma de ser un ser humano. Encarna una historia alternativa frente a la del héroe moderno. En los comienzos se llamaba a la comunidad una “sacra predicatio”, una “santa predicación”. Vivir juntos como hermanos “con un solo corazón y una sola alma” era una predicación, antes incluso de que cualquiera hubiera pronunciado una sola palabra. Probablemente los jóvenes se sienten atraídos a la vida religiosa más por la búsqueda de la Comunidad, que por ninguna otra razón. Según la exhortación apostólica postsinodal sobre la vida religiosa, somos un signo de comunión para la Iglesia entera, un testimonio de la vida de la Trinidad. Pero si es la comunidad la que atrae a los jóvenes a la vida religiosa, es también la dificultad de la vida común la que conduce al mismo tiempo al abandono. Aspiramos a la comunión y, sin embargo, es bien dolorosa de vivir. Cuando encuentro jóvenes dominicos en formación, les pregunto con frecuencia qué es lo que encuentran de mejor y de peor en la vida religiosa. En general dan la misma respuesta a las dos preguntas: vivir en comunidad. Somos los hijos de nuestra época, modelados por su percepción del yo moderno. Somos lobos con piel de corderos. Somos osos con piel de monja.

Se podría, quizá, decir que en la vida religiosa vivimos en espejo las imágenes de la crisis del yo moderno. El individuo moderno aspira a una autonomía, a una libertad, a una separación, que son insostenibles, porque no se puede ser un ser humano en solitario. Tenemos necesidad de pertenecer a comunidades para ser seres humanos, a pesar de lo que podamos pensar. Pero nosotros, religiosos, vivimos el reflejo de este drama. Entramos en la vida religiosa aspirando a la comunidad, deseando verdaderamente ser hermanos y hermanas los unos de los otros, pero somos, a pesar de todo, productos de la era moderna, marcados por su individualismo, su miedo al compromiso, su sed de independencia. La mayoría de nosotros nacimos en familias de 1,5 hijos y es duro vivir con la multitud. Así el yo moderno y el religioso son dos aspectos de una misma tensión. El yo moderno sueña con una imposible autonomía, y nosotros, religiosos, aspiramos a una comunidad que es dura de soportar.

El oso no puede convertirse en monja en el espacio de un año de noviciado. Hay una lenta educación para llegar a ser un ser humano, aprender a hablar y escuchar, romper el dominio del egocentrismo y del egoísmo, que hacen de mí el centro del mundo. Es el lento renacer a la oración y la conversación que me libera de las falsas imágenes de Dios y de los otros.

En esto vivimos, intensamente el drama de la Iglesia moderna. Nunca antes la Iglesia fue presentada con tanta insistencia como una comunidad. “Koinonía” es el corazón de todas las eclesiologías contemporáneas. Y, sin embargo, nunca antes la Iglesia, al menos en Europa occidental, había ofrecido tan poco de verdadera comunión. Hablamos el lenguaje de la comunión, pero vivimos raramente esa comunión. El lenguaje y la realidad están separados. Una de nuestras tentativas para dar cuerpo a este sueño de comunión es, seguramente, el de atreverse a construir comunidades en los lugares imposibles, allí donde todos los demás han abandonado. Con frecuencia, estos últimos años, he encontrado pequeñas comunidades de religiosos, en general de mujeres, que habían edificado una comunidad allí donde todos los otros parecían desesperar, donde los seres humanos son aplastados y viven desesperados en medio de la violencia y la pobreza. Allí donde todo parece sin esperanza, se encontrarán algunas hermanas instalando una casa con la puerta abierta.

Una sola imagen perdurará entre tantos recuerdos. Al día siguiente de la Vigilia Pascual, celebrada en el monasterio de esta monja, fui a visitar una capillita atendida por los hermanos, en Caracas, en uno de los barrios más violentos de América Latina. La capilla estaba acribillada de agujeros de proyectiles. Un promedio de veintiocho personas son asesinadas con bala cada fin de semana en la parroquia. En la pared, detrás del altar, hay un fresco pintado por los niños del barrio. Es una mural de la cena de Jesús comiendo, rodeado de dominicos y dominicas. Domingo acaricia su perro. Pero el discípulo amado, adormecido al lado de Jesús, es un niño del barrio, un muchacho de las calles.

Símbolo del niño que, al fin, ha encontrado un lugar al que pertenecer en este mundo violento: la promesa de un hogar.

5. Conclusión

Tengo que concluir. Afirmaba, al comenzar, que no podemos encontrar el sentido de la vida religiosa más que comprendiendo que es una respuesta a la búsqueda del sentido de la vida humana. Sugerí a continuación que una de las maneras de comprender la actual crisis de sentido de la sociedad occidental se formula así: la historia fundamental que contamos para decir quiénes somos y a dónde vamos no funciona ya. Esto está simbolizado por nuestro querido oso. Es una historia llena de contradicciones. Habla de progreso, pero parece conducirnos a la pobreza. Ofrece la libertad y, sin embargo, nos encontramos con frecuencia impotentes. Invita a ser el “yo moderno”, autónomo y solitario, pero descubrimos que no podemos ser humanos sin comunidad.

Así la vida religiosa no puede responder a este hambre más que encarnando otra historia, otra visión de lo que es el ser humano, y a quien nosotros vemos simbolizado en nuestra querida monja que canta en la noche delante del cirio. Y es esta una historia que ofrece otro sentido del tiempo. No es ya tanto la inevitable marca del progreso, cuanto la narración de cómo encontramos al Señor que nos llama. Y lo que anima esta historia, no es la libre competición, sino la inimaginable creatividad de Dios que resucita a los muertos. Y el héroe de esta historia no es el héroe solitario de los tiempos modernos, cuanto el hermano y la hermana que se encuentra en comunidad y construye comunidad para los demás.

La vida religiosa no es nada más que una tentativa de vivir esta otra historia, la historia pascual de la muerte y la resurrección. Como escribió Bruno Chenu, en su excelente libro, que leí demasiado tarde: “Los religiosos quieren poner en obra una cierta lógica del bautismo, una vida en Cristo llevada hasta sus últimas consecuencias”. Los votos no dan un sentido diferente o especial a nuestra vida. Pero vuelven público y explícito nuestro rechazo de la historia del oso. La obediencia, por ejemplo, es un claro rechazo de la imagen del yo autónomo, solitario y descomprometido. Es una declaración de nuestra intención de vivir para esta otra historia, de descubrir quiénes somos en la vida común de hermanos. Es un compromiso de liberarse del insostenible peso del yo moderno y solitario. En la obediencia, rechazamos también la imagen de la vida como combate para ser fuerte, lo mismo que en la pobreza renunciamos públicamente a

la lucha competitiva por el éxito, a la carrera descontrolada de la sociedad de consumo. En la castidad aceptamos que la fertilidad más profunda que jamás pudiéramos tener es la del Dios creador que resucita a los muertos.

Estos votos nos dejan desnudos y expuestos. Deforman cualquier otra historia que podría dar un sentido provisional a nuestra vida y me capacitan para seguir un día más. Prometemos abandonar carrera, éxito financiero, todos los escondrijos que pudieran sugerir, después de todo, que el oso tiene razón. Si esta historia pascual no es verdadera, entonces nuestras vidas no tienen ningún sentido y “somos los más desgraciados de los hombres” (Co. 15,19).

Esto no es fácil. Somos los hijos de la era moderna y hemos sido formados por sus historias, hemos compartido sus sueños. Yo sé, por ejemplo, que me parezco más al oso que a la monja. Mis respuestas instintivas son, con frecuencia, más las de mi yo solitario que las de un hermano. Sé que apenas he comenzado el proceso de nacer de nuevo. Mi imaginación no está más que a medias convertida. Cuando esperando al autobús, en Roma, miro los carteles me estoy viendo a mí mismo.

De esto saco dos conclusiones. Primeramente, puedo, al menos, compartir con mis contemporáneos un combate para dejar la máscara del oso y tomar figura humana. Si no compartiera este combate, no tendría nada que responder a la pregunta: ¿Qué sentido tiene hoy la vida humana? El religioso no es un ser celestial, aislado de la modernidad, sino una persona cuyos votos le han vuelto inevitable y sin escapatoria en el combate por renacer. Compartimos con los otros las angustias del nuevo nacimiento. Si somos sinceros en nuestro combate, quizás otros vengan a compartir nuestra esperanza.

En segundo lugar, porque es difícil, debemos dedicarnos realmente construir comunidades en las cuales sea posible esta nueva vida pascual. Una comunidad religiosa debe ser algo más que un lugar donde tomar nuestras comidas, recitar oraciones, regresar a dormir todas las noches. Es un lugar de muerte y resurrección, donde nos ayudamos recíprocamente a hacernos nuevos. Comienzo a adherirme a la idea de la vida religiosa como ecosistema, concepto que he desarrollado en otros lugares. Un ecosistema es lo que permite que se desarrollen formas extrañas de vida. Toda forma de vida extraña tiene necesidad de su ecosistema. Esto es particularmente cierto para los jóvenes que vienen ahora a la vida religiosa, sin haber descubierto con frecuencia la fe en Dios más que recientemente. Una rana rara no puede vivir y reproducirse y tener un futuro si no dispone de todos los elementos indispensables de su ecosistema: un estanque, sombra, diversas plantas, mucho barro, y otras ranas. Ser religioso es escoger una forma de vida extraña y cada uno de nosotros tendrá necesidad de su medio ambiente que el sostenga: oración, silencio, comunidad, de otra forma no se desarrollará. También un buen superior es un ecologista que ayuda a sus hermanos a construir los ambientes necesarios para su buen desarrollo. Pero los ecosistemas no son pequeñas prisiones que nos separan del mundo moderno. Un ecosistema permite a una forma de vida desarrollarse y reaccionar de manera creativa con otras formas de vida.

Tenemos necesidad de ecosistemas que sostengan en nosotros el sentido del tiempo pascual, el ritmo del año litúrgico que nos lleva del Adviento a Pentecostés. Necesitamos comunidades que estén marcadas por sus ritmos, por sus modelos de celebración y de ayuno. Tenemos necesidad de comunidades donde no nos contentemos con recitar rápidamente unos salmos antes de salir a trabajar, sino donde somos apoyados como personas que, incluso en el desierto, pueden finalmente llegar a cantar las alabanzas. Tenemos necesidad de construir comunidades donde compartir nuestra fe y compartir nuestra desesperanza, a fin de ayudarnos mutuamente a atravesar el desierto.

Tenemos necesidad de comunidades donde lentamente podamos renacer como hermanos y hermanas, hijos del Dios vivo.